

# Tiéntame sin límites

Elena Montagud



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

#TientameSinLimites

**Colección:** Tombooktu Erótica  
[www.erotica.tombooktu.com](http://www.erotica.tombooktu.com)  
[www.tombooktu.com](http://www.tombooktu.com)

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)  
Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
[www.facebook.com/editortombooktu](http://www.facebook.com/editortombooktu)

**Título:** *Tiéntame sin límites*

**Autor:** © Elena Montagud

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez

**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez

**Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid

**Diseño de cubierta:** Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN Papel:** 978-84-15747-56-7

**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-720-0

**ISBN Digital:** 978-84-9967-721-7

**Fecha de publicación:** Marzo 2015

Impreso en España

**Imprime:** Servicepoint

**Depósito legal:** M-4968-2015

Para todas mis tentadoras y tentadores.  
Gracias por querer continuar la intensa historia de Abel y Sara.  
Sois mi mayor inspiración para seguir escribiendo.

# Índice



Capítulo 1 .....	11
Capítulo 2 .....	21
Capítulo 3 .....	29
Capítulo 4 .....	41
Capítulo 5 .....	51
Capítulo 6 .....	61
Capítulo 7 .....	69
Capítulo 8 .....	79
Capítulo 9 .....	91
Capítulo 10 .....	103
Capítulo 11 .....	113
Capítulo 12 .....	119
Capítulo 13 .....	131
Capítulo 14 .....	143
Capítulo 15 .....	153
Capítulo 16 .....	165
Capítulo 17 .....	177

Capítulo 18 .....	187
Capítulo 19 .....	197
Capítulo 20 .....	209
Capítulo 21 .....	219
Capítulo 22 .....	227
Capítulo 23 .....	237
Capítulo 24 .....	247
Capítulo 25 .....	257
Capítulo 26 .....	267
Capítulo 27 .....	279
Capítulo 28 .....	289
Capítulo 29 .....	299
Capítulo 30 .....	309
Capítulo 31 .....	319
Capítulo 32 .....	327
Capítulo 33 .....	335
Capítulo 34 .....	343
Capítulo 35 .....	353
Capítulo 36 .....	361
Capítulo 37 .....	371
Capítulo 38 .....	379
Capítulo 39 .....	389

# 1



Abro los ojos. Tranquilidad. Brillantez. Cosquillas en el estómago.

Todavía no me puedo creer que durante toda una semana me haya despertado a su lado, observando cómo sonreía, mirándonos ambos como si todo el tiempo del mundo fuese nuestro, disfrutando de su maravilloso cuerpo y de sus ardientes besos —y también en ocasiones cálidos—, y eso es lo que más me sorprende de él. Puede que para el resto de personas una semana no signifique nada, pero lo cierto es que para mí ha supuesto toda una vida. Me siento como si hubiese compartido cientos de años con él.

La primera noche que pasé con él en esta casa fue maravillosa. La cena romántica que me preparó y el tórrido sexo que tuvimos en su fantástica piscina superaron la mala noticia que me dio mientras comíamos: Yvonne le despidió porque Nina ya no quiere trabajar con él. Me sentí realmente mal porque pienso que, en parte, he sido yo la culpable de que ahora no tenga trabajo. Él me ha prometido una y otra vez que no le resultará difícil encontrar algo, pero me da miedo que Nina sea tan retorcida como para mover sus hilos invisibles y provocar que nadie quiera contratarlo. Sé que Abel es un fantástico fotógrafo y que no sólo trabaja con modelos. No obstante, lo que no sé es si es lo que prefiere porque, a pesar de sus palabras, me ha parecido ver una sombra oscura en sus ojos, como si realmente le doliese

que Yvonne le haya rechazado. En cierto modo debe ser así: han estado juntos durante bastante tiempo y lo que ha hecho esa mujer me parece una falta de respeto. ¡Tan sólo porque la cruel Nina se lo ha pedido! ¿Quién se cree que es esa mujer? ¿Y por qué todos bailan a su ritmo? ¡Uf! Es que cada día la odio un poquito más, y mira que es difícil que yo tenga esos sentimientos, pero su actitud de diva me supera.

Evidentemente, no le he dicho nada de todo lo que pienso a Abel. En la cena ya me pidió que no lo hiciera, que simplemente me dejase llevar y que esperaríamos a ver cómo se plantea el futuro. Pero yo no soy como él. Yo siempre pienso en el futuro y me cuesta un montón centrarme en el presente. A pesar de todo, lo he intentado y continúo haciéndolo. Cada día me despierto con una sonrisa para demostrarle que estoy bien, que me siento feliz de compartir todas estas horas con él y que no me importa lo de Nina.

Durante esta semana hemos hecho juntos muchas cosas, aunque no hemos salido de la casa. Hemos aprovechado el tiempo perdido y hemos practicado sexo una y otra vez: en la piscina, en las sillas del jardín, en su cama, en la biblioteca —necesitaba experimentar esa experiencia sublime una vez más y sin ir borracha—, en la ducha. Y creo que hoy o mañana le voy a pedir hacerlo con todas esas burbujas acariciando mi piel. Jamás lo he hecho en una bañera con hidromasaje y estoy segura de que debe de ser fantástico.

Y que conste que no todo ha sido sexo. Hemos cocinado juntos. Me ha enseñado a preparar un plato de pasta que es la especialidad de su padre y que está para chuparse los dedos. Tengo que ser muy tonta, pero cocinar juntos me ha parecido algo precioso, íntimo y especial. Supongo que, cuando te enamoras, cualquier detalle es algo grande y brillante.

Alguna vez me he acercado a la gigantesca biblioteca y he cotilleado sus libros. Hay muchos que no conozco, pero me encantan todos y cada uno de ellos. Es el sueño de mi vida hecho realidad. Si yo tuviese esta biblioteca en mi casa, estaría a todas horas sumergida entre las páginas de los libros. En muchos de ellos su madre ha dejado huella con párrafos subrayados o anotaciones al pie de páginas. Continúo pensando que era una

mujer muy inteligente e interesante. Sin embargo, no le he vuelto a preguntar por ella. Me pidió tiempo y es lo que le estoy dando porque quiero —y necesito— que esta relación salga bien. Cuando él crea conveniente me hablará de ella. Y entonces estaré ahí para apoyarlo en mi hombro y susurrarle que su madre estará muy orgullosa de él dondequiera que se encuentre.

No voy a negar que su pasado es algo que todavía me provoca inquietud. Sé que es un hombre con sombras aunque intente transmitir luz. Pero esa actitud de no abrirse, de recelar, de guardar el recuerdo de su madre con un candado, es la que me muestra que no ha tenido una vida sencilla. He especulado mucho sobre lo que le pudo suceder. Sé que murió cuando él era bastante pequeño y que su familia lo pasó bastante mal. Lo que no tengo claro es la causa de su muerte. He imaginado diversas opciones, la más plausible es que ella estuviera enferma y puede que de alguna enfermedad muy dura. Quizá Abel, con lo pequeño que era, fue testigo de cómo una de las personas a las que más amaba se marchitaba poco a poco. Sé que soy bastante dramática, pero es lo único que se me ocurre ante tanto secreto.

Tengo claro que la vida no es sencilla para nadie. La mía tampoco lo ha sido, así que puedo llegar a comprenderlo. Mi padre no ha sido el modelo de hombre que yo esperaba. Lo fue durante un tiempo, cuando yo lo adoraba de pequeña, pero de eso me parece que ha pasado tanto tiempo. Abel es huérfano de madre, pero yo me he sentido muchas veces así aunque mi padre aún esté vivo. Por eso, quiero estar preparada para cuando decida confesarse. Demostrarle que puedo sostener su dolor y unirlo al mío. Ambos superaremos la ausencia de nuestros padres otorgándonos nuestra presencia. Somos dos personas que se encontraban solas en el mundo, como si no hubiese un lugar preciso para ellas, pero que por fin se han encontrado.

—Nena...

Doy un brinco. Su voz me ha sobresaltado entre tantos pensamientos. Así soy yo: cuando me despierto por las mañanas mi mente ya está trabajando a mil por hora. Creo que en unos cinco minutos habré repasado no sólo esta semana con él, sino casi toda mi vida.

—¿Sara? —Pega la nariz a mi cuello.



Yo me hago la remolona. Atrapo su mano que me está agarrando de la cintura y le acaricio los dedos. Él suelta un suspiro a mi espalda y se arrima más a mí.

—¿Estás despierta?

—Sí.

—¿Por qué no me has avisado?

—¿Para qué tendría que haberlo hecho? Estoy bien aquí tumbada contigo. —Cierro los ojos para concentrarme en la maravillosa sensación que es tenerlo abrazándome.

No contesta. Se suelta de mi mano y desliza la suya por mi vientre. Estamos semi desnudos, así que mi cuerpo reacciona bien pronto a sus caricias. La carne se me pone de gallina en el momento en que uno de sus dedos hace un círculo en mi vientre.

—Estaba soñando contigo —murmura, con la voz pastosa por el sueño.

Noto su erección contra mi trasero. Se me escapa un pequeño suspiro.

—Y por lo que veo era un sueño húmedo —me echo a reír.

—No lo sabes tú bien. —Me aparta el pelo de la nuca y me da un suave beso—. ¿Quieres que te lo cuente?

—Vale.

—Nos habíamos ido de viaje —empieza, apretándose más contra mí. Ya no hay espacio entre nuestros cuerpos. Su pecho desnudo se pega a mi espalda y el contacto de su piel me activa toda—. A una de esas islas paradisíacas como te he prometido. —Su mano sube por mi vientre hasta colocarse en la curva de uno de mis pechos—. Tú te habías metido en el mar y yo te observaba desde la arena. Podía apreciar tu cuerpo desnudo, brillante por las gotitas, tu pelo mojado cayendo por tu cuello y cubriéndote los pechos como si fueses una Eva. En el sueño me parecías la primera mujer del mundo, y yo el primer hombre. Los primeros que iban a descubrir los placeres del sexo.

—Qué poético te has despertado hoy —susurro, contoneando las caderas a un lado y a otro. Su sexo se emociona más y se me clava en el coxis.

—Me llamabas desde el agua como una sirena. Yo inmediatamente obedecía tu orden y me acercaba al mar, completamente

excitado. Me metía en él y nadaba hasta ti. Me esperabas con los brazos abiertos, me rodeabas con ellos y me besabas como tú sólo sabes hacer.

—¿Y qué más? —pregunto, curiosa.

—Te tocaba aquí... —Cubre uno de mis pechos con la mano y lo masajea con suavidad—. Y luego aquí... —Coge uno de mis pezones y lo acaricia, para luego estirar de él con cuidado.

—Me encanta el sueño —jadeo, con los ojos cerrados.

—Después te cogía en brazos y tú enrollabas tus piernas en mi cintura, ofreciéndote toda a mí. —Baja la mano hasta mi cadera y me la coge. Me coloca de manera que se pueda rozar a través de mis braguitas. Pero lo tiene tan duro que es casi como si estuviese desnuda y lo notase en mi carne.

Se me escapa un gemido. Hace que me dé la vuelta para encontrarnos cara a cara. Observo su rostro, tan atractivo de buena mañana, y sin pensarlo más me lanzo a besarle. Sus labios me reciben con ganas. Los entreabre y yo deslizo mi lengua, apreciando la calidez de la suya. Juguetemos un rato con ellas hasta que el sexo se me humedece muchísimo y las cosquillas me obligan a sacudir las caderas. Su pene golpea por encima de mis bragas.

—¿Y qué ha pasado después?

—Que me he despertado. Pero ahora puedo hacerlo realidad. No será en el mar, pero voy a imaginar que estas sábanas son nuestras olas particulares.

Me río. Le cojo de las mejillas y le beso una vez más. Sus labios son carnosos, con un sabor delicioso. Le muerdo el inferior y él suelta un gruñido que me pone más. Aparta la tela de mis braguitas y me acaricia con un dedo. Apenas me roza pero mi espalda se arquea sin poderlo evitar. Él aprecia mi humedad y me toca más, hasta impregnarse un par de dedos con ella.

—Me encanta que siempre estés tan preparada para mí.

Me agarro a su fuerte espalda y se la acaricio. Él pone la otra mano en mi culo y me lo estruja.

—Quiero que me hagas tuya —murmuro, con la respiración entrecortada.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Se baja el *boxer*. Yo agacho la mirada y observo su sexo maravilloso, tan duro, brillante en la punta por la humedad. ¡Joder,

cómo me pone! Cada vez que lo tengo dentro rozo el paraíso. Arrimo más mi cuerpo, hasta que su puntita me toca los labios. Otro gemido se me escapa. Él sonrío y se come mis jadeos con unos cuantos besos apasionados.

—Joder, nena, eres tan sorprendente...

La melodía de mi móvil suena en ese mismo instante. Hago caso omiso y continúo concentrada en mi labor. Sin embargo, segundos después de callarse, la música vuelve a empezar. Me aparto de Abel y chasqueo la lengua. Él se encoge de hombros y me indica con un gesto que lo ponga en silencio. Me giro para coger el teléfono y, cuando lo tengo entre mis manos, observo que es Eva. En ese momento la melodía cesa pero veo que tengo un wasap. Lo leo.

«Nena, estoy ya aquí fuera. Vamos, creo que es aquí, pero no os veo por ningún lado».

¡Mierda, sí! No recordaba que habíamos quedado, sí que hoy mi amiga vendría a vernos y pasaríamos juntos el día.

—¡Es Eva! ¿Qué hora es, joder?

Las doce. Normal que ya esté aquí, si habíamos quedado a las doce menos cuarto. Y la pobre estará esperando ahí fuera. Abel se levanta raudo de la cama y se dirige al cuarto de baño.

—Me voy a duchar en un minuto. ¿La recibes tú?

—Sí, sí.

Lo último que veo antes de que cierre la puerta es su espléndido culo. Qué mierda. Nos hemos quedado a medias. Con las ganas que tenía de practicar sexo matutino. Cuando lo hacemos, el resto del día lo paso mucho más rejalada. Yo me levanto también y corro a vestirme. Me pongo el primer pantalón corto que encuentro y una camiseta de tirantes. Me arreglo un poco el pelo sin siquiera mirarme al espejo. Cuando lo hago, aprecio que no tengo ojeras y eso es muy raro en mí. ¡Hasta tengo el cutis mejor! Lo que hace la felicidad

Corro a la entrada. Cojo las llaves de la verja y salgo de la casa. Desde aquí ya puedo ver el coche de mi amiga y también a ella apoyada contra él fumándose un cigarro. Silbo para que se

dé cuenta de que ya he salido. Ella estira el cuello y se da unos golpecitos en la muñeca.

—¡Lo siento, lo siento! —Me disculpo una vez he abierto la verja.

—Seguro que estabais dándole a la mandanga —me dice, mirándome por encima de las gafas.

—¡Claro que no! Es que me he quedado dormida —miento.

—De haberle dado a la mandanga anoche.

Se ríe y se mete en el coche para meterlo en el jardín. Yo espero junto a la piscina hasta que aparca. Cuando sale me lanzo a sus brazos y le doy un montón de besos. Ella pone caras raras.

—¿Se puede saber por qué estás tan babosa? Eso no es nada normal en ti. —Apoya una mano en mi frente.

—Sólo es que estoy contenta.

Eva sonrío y yo la agarro de la mano para meterla en la casa y enseñársela mientras Abel termina de ducharse. Nada más entrar, mi amiga suelta un silbido de admiración.

—¿De dónde saca tanto dinero este tío?

—Hombre, trabajar con Yvonne le daba muchos beneficios —le explico, encaminándome hacia la cocina.

—Madre mía, pero si parece la casa de un famoso.

—Es que él lo es. No como los famosos que tú piensas, pero lo es. —Le guiño un ojo.

Pasamos por el salón-comedor en el que ella se tira en uno de los enormes sofás y suelta grititos de emoción. Después la llevo a uno de los cuartos de baño y se queda también impresionada. —Pues si viese el otro, con la gigantesca ducha... — y, por último, le enseño la biblioteca.

—¡Me flipa la cabeza!

Corre a una de las estanterías y se pone a leer los títulos de los libros. Yo me coloco a su lado con una sonrisa que no me cabe en la cara. Cuando me quiero dar cuenta, ella me está mirando de forma pícara.

—Así que aquí es donde follasteis por primera vez.

—Pues sí. Y luego más veces. —Le sacó la lengua, un poco avergonzada.

Al volver al comedor, Abel también está saliendo de la habitación en ese momento. Se ha puesto una camiseta de manga corta de

Ralph Lauren y unos pantalones a media rodilla que le quedan que ni pintados. Todavía tiene el cabello húmedo y las mejillas sonrosadas por los vapores de la ducha. Viéndolo así, no puedo evitar recordar los momentos antes en la cama y me pongo otra vez. ¡Madre mía, cómo estoy últimamente!

—Hola, Eva. —La saluda, acercándose y dándole dos besos.

—Tío, menuda casota tienes. Esto tiene que haberte costado un huevo y más.

Él no contesta. Esboza una sonrisa y después me mira a mí. Yo se la devuelvo y agacho la cabeza, un poco tímida. Es extraño que Eva esté aquí como si fuésemos una pareja que viven juntos desde hace un montón de tiempo.

—Bueno, señoritas. ¿Quieren tomar algo?

Nos dirigimos a la cocina y él se pone a preparar unos zumos de naranja recién hechos. Nos anima a que le esperemos fuera, tumbadas en las sillas del jardín. Eva y yo obedecemos encantadas. Nada más salir, se quita la ropa y se queda en bikini. Yo le digo que me espere un poco, que me voy a cambiar. Me pongo también el mío y ambas nos tumbamos a tomar el sol.

—Madre mía, esto es el edén —dice mi amiga, colocándose sus gafas de sol—. Y encima nos prepara el almuerzo. —Me señala a mi espalda.

Me giro y observo a Abel salir con una bandejita en la que lleva tres zumos y unas cuantas tostadas. Nos lo comemos entre risas y cotilleos. Eva me informa de que Cyn se ha ido a su apartamento en la playa a ver si encuentra a algún jamelgo.

—Pues podría haberse venido —musito, un poco molesta.

—Pero aquí no hay jamelgos. —Le lanza a Abel una mirada de disculpa—. Bueno, me refiero a jamelgos solteros.

—Pues podríamos haber llamado a Eric —opino.

En ese momento me fijo que Abel se remueve en su asiento. Joder, quizá no debería haberlo mencionado. No hemos hablado de él desde hace un tiempo y la verdad es que no sé cómo está su relación. Lo que sé es que no han quedado ni que han hablado ni nada.

Tomamos el sol hasta la hora de comer, momento en que Abel nos vuelve a dejar solitas para preparar la comida. Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos nos avisa de que ya podemos

entrar. Ha preparado pasta –me pregunto si es lo único que sabe cocinar pero, de todos modos, podría estar comiéndolo todos los días porque a mí también me encanta– con una salsa de quesos y nueces. Está tan bueno que Eva se come dos platos bien llenos.

Después de comer salimos otra vez a tomar el sol y esperamos a hacer la digestión para meternos en el agua. Abel se queda en su silla y nos contempla con una sonrisa mientras nadamos. Bueno, creo que a quien está mirando es a mí. Quizá esté recordando el sueño y verme aquí con el cabello húmedo le está poniendo, porque se le han oscurecido los ojos.

—Eres una cabrona. —Eva me abraza desde atrás, susurrándome al oído—. Menudo maromo te has buscado. Ya quisiera yo.

—Oye, que no todo es dinero, casas bonitas y comidas preparadas –me quejo, riéndome.

—¡Pero mientras disfrútalo! —Me hace una aguadilla y yo se la devuelvo.

A media tarde salimos del agua, todas arrugadas, y tomamos un poco más el sol mientras bebemos limonada que Abel ha preparado. Un rato después, Eva decide regresar a casa que le queda bastante camino. Nos damos un abrazo enorme.

—¿Entonces te vas a quedar aquí todo el verano? —me pregunta.

—Supongo que sí —respondo, con el corazón esperanzado.

Esa noche Abel y yo terminamos con lo que habíamos empezado por la mañana. Nada más llegar al fantástico orgasmo, me quedo dormida. No tengo sueños, pero últimamente duermo más tranquila que nunca y me despierto perfectamente. A la mañana siguiente, cuando yo me levanto, Abel ya está en la ducha. Dejo la cama y me dirijo a la cocina tarareando una cancioncilla. Cojo un par de naranjas y me dispongo a preparar un zumo. Me apetece escuchar música mientras preparo tostadas, así que voy al comedor y enciendo su portátil para buscar algo en el Spotify. Como siempre, no puedo evitar meterme en Facebook y cotillear las nuevas notificaciones. Y no sé por qué hay algo que me incita a buscar en Google su nombre, como ya hice una vez. Bah, ¿qué espero encontrar en Internet? ¿Sus secretos más oscuros? Aparecen páginas y más páginas en

las que Nina habla sobre él, y son las que están en primer lugar. A la par que bebo, voy pasando una tras otra. En una de ellas hay algo que me llama la atención. Habla del nuevo trabajo de Abel, y la actualización data de hace un par de días. ¿Serán fotos de esa nueva modelo que trabaja con él? Cuando pincho en la web, descubro que se trata de una revista de fotografía.

Y entonces el mundo se me cae encima.

No me puedo creer lo que están viendo mis ojos.

Las náuseas se apoderan de mí en cuestión de segundos.

Bajo por la página para descubrir con horror una foto tras otra.

En todas ellas salgo yo. Tan sólo con una camisa en unas. Desnuda en otras.

Son las fotos que Abel me hizo en el hotel de Barcelona.

El corazón me da un vuelco y me entran unas ganas tremendas de llorar.

## 2



Me quedo observando la pantalla como una tonta. Al cabo de unos segundos, me doy cuenta de que estoy llorando. ¡De la rabia que me anda en el estómago! Ahora mismo no puedo entender nada. Me estoy mareando. ¿Qué es esto? ¿Por qué las fotos en las que posé para él están expuestas por Internet? ¡Unas fotos tan íntimas y las va a ver todo el mundo! ¿Cómo voy a acudir a la Universidad después de esto? ¿Y si las ve mi madre? No, no es posible, no sabe usar un ordenador. Pero ¿y si alguien se las enseña? «Mira lo que va haciendo tu hija por ahí», le dirán las vecinas chismosas. Ya puedo escuchar a mi madre llorando y gritando que me he perdido, como si fuese una fresca. ¡Pero no lo soy! ¡Sólo estaba posando para él! Era algo que compartimos los dos. Se supone que son una parte de mí. Me expuse a él, le mostré mi alma en esas fotos. ¡Y la ha vendido! ¡Me ha vendido a mí!

Así que era esto a lo que se refería cuando dijo que era un hombre con ases en la manga. No puedo dejar de llorar pensando que así me demuestra que no es alguien en quien confiar. Me he entregado toda, y él sólo se ha ocultado más y más, para después traicionarme. ¡Esto es un golpe muy bajo! Al menos me podría haber preguntado. ¿Es que no pinto nada en sus decisiones? ¡Soy yo la que sale medio desnuda en esas fotos!

Puedo imaginarme sus excusas: es arte, aquellos que te miren no pensarán en ti como una mujer en cueros, es belleza a través



de una imagen, te daré la mitad del dinero, todas las modelos han posado alguna vez así, esto no es para ese tipo de hombres que tú imaginas. Suelto un grito furioso y salgo al escritorio para dejar de mirar las fotos. No obstante, dos minutos después abro la página de nuevo. ¡Joder, mira, pero si es que se me ven los pezones! ¿Y si Gutiérrez no me permite pertenecer a su equipo por esto? No, no, tranquila, él no se va a enterar de esto, que salga en Internet no quiere decir que todos me vean, tan sólo aquellos interesados en la fotografía. ¡Y espero que no sean muchos!

Me tapo la cara con las manos y me echo a llorar con más fuerza. Me siento ridícula. He confiado demasiado pronto en alguien que no es nada claro conmigo. En ese momento escucho unos pasos acercándose al comedor. Cuando levanto la vista, me encuentro a Abel con tan sólo unos pantalones sueltos y el pelo húmedo. Pero no siento nada. No puedo. Me mira con expresión asustada y, sin atreverse a acercarse, pregunta con cautela:

—Sara, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Como un basilisco, doy un brinco y me planto ante él con los puños en alto. Le intento golpear en el pecho, pero me coge de las muñecas y me frena. Forcejeo un poco más, pero al final me canso y me derrumbo con un suspiro. Me suelta una mano para apartarme el cabello de la cara. Yo continúo con la cabeza gacha, observando sus pies desnudos. Una de mis lágrimas cae en uno de ellos.

—Mírame —me ordena.

Niego con la cabeza. Me coge de la barbilla e intenta levantarme el rostro sin resultados.

—¿Por qué no?

—Eres un traidor —murmuro.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso, Sara?

En unos segundos se me acumula tanta furia que las mejillas me arden. Al fin levanto la cara y le espeto:

—¿Te ha venido bien el dinero?

Me mira confundido. Frunce el ceño y ladea la cabeza, interrogándome con sus ojos azules, que se le empiezan a oscurecer, esta vez de inquietud.

—¿De qué dinero hablas?

—¡Deja de fingir como si no lo supieras! —exclamo con los puños apretados. ¡Uf, cómo me gustaría cruzarle la cara para que quitara esa expresión de tonto!

—No, no lo sé. Así que deja de ser tan críptica y explícame lo que sucede.

Decido mostrárselo. Una imagen vale más que mil palabras. —Nunca mejor dicho—. Doy un par de zancadas y me coloco ante el ordenador, abriendo la página. En cuanto me veo con tan sólo las braguitas, me tengo que sentar porque se me doblan las piernas.

Abel se coloca a mi lado en silencio. Y así se queda unos minutos eternos. Yo lo miro, y lo miro, y lo vuelvo a mirar. Y no dice nada. ¡Se ha quedado sin palabras!

—¿Creías que no me iba a enterar? —le grito.

Me echa a un lado y coge el ratón para deslizarse por la página. Su expresión es de sorpresa. ¡Hala, ya ha vuelto el actorazo! Le he estado creyendo todos estos meses a pesar de lo mal que empezamos. He sido una ingenua al pensar que le interesaba realmente. No, tan sólo vive para su trabajo. No le importa pisotear a los demás o manejarlos a su antojo si al final consigue lo que quiere. En realidad es como Nina; son tal para cual. He estado muy loca al pensar que era yo la adecuada para él. He sido una tonta al creer que era mío.

—¿Es una broma? —Aparta los ojos de la pantalla y los clava en mí. Parece muy enfadado. Tanto, que le crujen los huesos de la mandíbula. Soy yo la que debería estarlo. ¡Y lo estoy, vaya que sí!

—¿Lo es para ti? —Le sostengo la mirada unos segundos, hasta que la aparta.

—¿Qué hacen tus fotos ahí?

—¡Eso es lo que tienes que decirme tú a mí!

No me lo puedo creer. Ahora quiere tergiversar la historia. Este se cree que puede darle la vuelta a la tortilla y quedarse tan ancho.

—Me has vendido, Abel. No sé por cuánto dinero, pero...

—No he hecho eso que dices —niega muy serio.

—¿Ah, no? ¿Y esto qué es? ¿Han aparecido mis fotos ahí por arte de magia?

—Esto tiene que ser un malentendido, de verdad. —Se acerca y me aparto de inmediato, con un gesto de asco. Me mira con los ojos muy abiertos—. Sara, ¿cómo puedes pensar que haría algo así? —Vuelve a mirar el ordenador y se le nubla la mirada. ¡Ahí está la prueba de su traición, en esos ojos oscuros!

—He sido una gilipollas —susurro, negando con tristeza. Las lágrimas se me vuelven a acumular. Al observarlo tan serio y preocupado, se me revuelve el estómago, acumulando rabia. Exploto—: ¡He confiado en ti, Abel! No sólo desnudé mi cuerpo, sino también mi corazón. —Ya me he ido al otro tema, pero es que no puedo remediarlo—. Lo he hecho desde el principio. Te acostaste conmigo y conseguiste lo que querías, luego continuaste yendo detrás de mí y también tuviste lo que deseabas. ¿Y qué me has dado tú, eh? ¿Cenas en restaurantes caros? ¿Habitaciones lujosas de hotel? ¿Qué es todo eso si después antepones tu trabajo, y uno que ni siquiera necesitabas, a esta relación que no lo parece? —Me quedo callada unos instantes, intentando recuperar la respiración.

Él no dice nada, tan sólo me observa sin parpadear, con la boca entreabierta.

—Sara, por favor. —Reacciona, dando un paso hacia delante. Automáticamente vuelvo a echarme hacia atrás y me tropiezo con la alfombra. Me coge del brazo para que no caiga. Su tacto se me antoja irreal, desconocido, a pesar de que anoche estuvimos haciendo el amor.

—¿Por favor qué?

—Lo otro no tiene nada que ver con esto. —Señala el ordenador con un dedo, sin dejar de mirarme—. He hecho cosas malas en la vida, no lo niego. Pero no soy un mentiroso. No tengo nada que ver con eso.

—¡Venga ya! —exclamo, dando vueltas por la habitación, totalmente desquiciada.

—Te lo juro. —Intenta detenerme, pero yo me muevo como un animal enjaulado—. ¿Por qué iba a vender esas fotos?

—¡Porque tu queridísima Nina te ha dado la espalda! —Me giro a él echando chispas por los ojos.

—¿Y qué? No la necesito.

Me limpio las lágrimas con los dedos.

—¿Crees que quiero que todo el mundo te vea así, Sara? Yo también estoy furioso.

—Ah, pero es arte, ¿no? —me mofo.

—¡Eres tú desnuda, y eso sólo tenía que ser para mí! —ruge. Me coge de la cintura con violencia y me arrima a él.

Realmente está muy cabreado, incluso respira con dificultad. Es demasiado buen actor. Eso, o está diciendo la verdad. No sé qué creer. Nadie más tenía las fotos excepto él, ¿no?

—¿Existe la posibilidad de que te las hayan robado?

—No expuse esas fotos en ningún lugar —niega, confundido—. No sé cómo ha podido pasar. No soy tan gilipollas como para mostrarlas.

Joder, no tengo que caer. Si él mismo dice que es imposible, entonces sólo hay un autor de los hechos. Y es él. Lo miro con tristeza. Intenta abrazarme, y yo me revuelvo en su pecho desnudo. El corazón le late muy rápido.

—Por favor, Sara, por favor. Tienes que creerme.

—¿Cómo voy a hacerlo si eres tan cerrado?

—¿Otra vez con eso? ¡Las fotos no tienen nada que ver!

—Llévame a casa —le pido, apartándolo de mí.

—Espera, espera —dice de repente, con la vista perdida a saber en qué lugar—. Llamaré, llamaré a la revista. Los conozco.

—Ya... —sonríe de forma amarga.

—No, no me refiero a eso. Es una revista para principiantes, ni siquiera tienen buenos contenidos.

Me encojo de hombros como demostrándole que toda esa información no me interesa.

—Voy a llamar. —Va en busca de su móvil y parece totalmente decidido. ¿Me estaré equivocando?—. Te demostraré que soy de fiar.

En cuestión de segundos vuelve con el teléfono en la mano. Se acerca a la pantalla del ordenador y busca el número de contacto de la revista. Me lo muestra a medida que lo marca. A continuación pone el manos libres para que yo también pueda escuchar. Me pide silencio. Un tono, dos tonos, tres. Alguien descuelga. El corazón me va a mil por hora.

—New Photography. —Se oye la voz extrañamente aguda de una chica.

—Soy Abel Ruiz.

Un segundo de silencio.

—¿El fotógrafo? —pregunta ella con nerviosismo.

—¿Me puede pasar con alguno de sus superiores, señorita...?

—Marta —responde de inmediato.

Hasta por teléfono las tiene a sus pies. Aunque lo entiendo, tiene una voz demasiado sensual.

—Marta, ¿me pasa con el director o directora de la revista?

—No se encuentra en estos momentos. —La voz de pito de la muchacha empieza a molestarme.

—De acuerdo —responde él con impaciencia—. ¿Y el redactor? ¿Alguien que esté a cargo de los contenidos?

—Espere un momento. Ahora le paso con Maribel.

La chica nos deja con una musiquita ambiental. Cruzo los brazos en el pecho, deseando que la espera no sea muy larga. Dos o tres minutos más tarde, otra voz de mujer, aunque más seria y adulta, dice:

—Maribel San Juan, encargada de contenidos. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Abel Ruiz. —Vuelve a presentarse.

—¡Sí! Por fin puedo escuchar su voz. —Abel y yo nos miramos confundidos al escuchar esto—. Déjeme decirle que las fotos son fantásticas y que le agradecemos que haya confiado en nosotros para...

—Verá, precisamente llamo por las fotos. —Me mira con fijeza—. No sé cómo lo han hecho, pero ustedes han publicado uno de mis trabajos sin mi permiso.

La mujer se calla al otro lado de la línea. ¿Entonces era verdad?

—Señor Ruiz, ¿qué está diciendo? —Suena ofendida—. No somos muy célebres, pero robar fotos no entra en la política de nuestra empresa.

—¿Entonces cómo puede ser que tengan mi trabajo?

—Señor Ruiz, fue usted el que contactó con nosotros por correo electrónico y nos cedió los derechos —continúa ella, muy seria.

Yo lo miro con los ojos muy abiertos. Le insto a que se conecte a su correo. Se acerca y pone la dirección y contraseña.

—¿Puede esperar un minuto, señorita San Juan?

—Por supuesto.

Se mete en la bandeja de enviados. Hay un correo de hace un par de semanas que va dirigido a la revista. El corazón me vuelve a latir con fuerza. Cuando lo abre, el mundo se me cae encima.

Estimados:

Les remito mi nuevo trabajo con la intención de que lo usen en su revista. Me parece que hacen una labor estupenda y considero que este intercambio puede beneficiarnos a ambos.

A. R.

—¡Yo no he escrito eso! —exclama, lanzando el ratón al fondo de la mesa.

Lo miro disgustada, negando con la cabeza.

—Abel, por favor...

—Señorita San Juan —vuelve a dirigirse al teléfono—. Yo no he firmado ningún contrato. ¿Sabe que puedo demandarlos?

Otro silencio en la línea. La mujer carraspea y al fin contesta:

—No sé si usted es el verdadero señor Ruiz, si esto es una broma o si se está confundiendo, pero nos reenvió el contrato firmado.

Abel se lleva una mano a la cara y se la restriega con nerviosismo. Mira el ordenador, el teléfono, y a continuación a mí.

—No se han molestado en comprobar si era yo realmente —le dice a la mujer—. Les voy a demandar.

—Disculpe, señor Ruiz, es usted el que tiene problemas de...

No la deja terminar. Tras colgar, lanza el móvil contra el sofá y alarga los brazos para detenerme. Consigo escabullirme y voy directa a la habitación para recoger mis cosas. Me sigue; le escucho respirar.

—¿Qué haces?

—¿No lo ves? Me marchó.

—Ni hablar. —Me quita las camisetas que había cogido del armario—. No lo voy a permitir.

—¿Ah, no? ¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a atar a la cama? —Le planto cara.

Por un momento pienso que va a decir que sí, pero lo único que hace es mirarme con tristeza.

—Sara, ¿cómo es que no me crees? ¡Yo no he firmado ningún contrato! Me han jugado una mala pasada.

—Ya basta. —Termino de meter lo poco que había traído conmigo. Cojo la maleta y me dirijo al salón—. ¿Me llevas a Valencia?

—¡No! —Me coge del brazo con una inmensa fuerza—. Habíamos quedado en que pasarías aquí el verano y que haríamos un viaje.

—¿Crees que quiero después de lo ocurrido?

Una sombra que no puedo descifrar cruza por sus ojos. Al fin me suelta el brazo, pero no me deja pasar.

—¿Me vas a llevar o no?

Niega con la cabeza; las mandíbulas tan apretadas que se le marcan los huesos. Puedo ver cómo se le mueven a causa de la rabia.

—Bien, entonces llamaré a Eva.

Media hora después, mi amiga me hace una llamada perdida para avisarme de que ya ha llegado. Abel me sigue hasta la puerta. Quería mostrarme dura y enfadada, pero lo cierto es que tengo una bola de acero que me oprime demasiado el estómago.

—Sara... —Intenta darme la vuelta, pero una vez más me revuelvo. No quiero mirarlo; sé que lloraré. Su voz suena demasiado dolida, como aquella vez en que sentí que me mostraba un Abel diferente... Quizá se está dando cuenta de que la ha cagado, pero es demasiado tarde.

Abro la puerta. Su sombra se cierne sobre mí.

—Que te vaya bien, Abel. —Me despido. Y murmuro de forma amarga—: Espero que te aprovechen las fotos.

Salgo sin mirar atrás. Sé que él no se mueve de la entrada, que sigue cada uno de mis movimientos.

En cuanto entro al coche, me derrumbo y me echo a llorar una vez más.

### 3



Mis amigas intentan animarme, pero cada día que pasa se me antoja un infierno. No puedo olvidar su mirada confundida y su voz quebrada. No consigo escapar del recuerdo de sus caricias y sus besos. ¿Pero qué ha hecho conmigo? Estoy enganchada a él, y necesito sacármelo, borrar su sabor de cada parte de mi cuerpo. ¿Voy a poder hacerlo?

El segundo día de ausencia me envió un mensaje, rogándome que volviera para hablar. Le escribí diciéndole que necesitaba un tiempo para pensar. Eva no para de decirme que no lo perdona, que se ha pasado. Cyn se mantiene al margen, sólo me lanza miradas preocupadas.

Me he tirado una semana sin salir de casa, dedicada a observar el techo desde la cama, llorando por los rincones a causa de las películas románticas y, por supuesto, atiborrándome a dulces. Ni siquiera he ido a comprobar las notas a la Facultad. Eva decidió ir en mi lugar, y acaba de llegar para informarme de que tengo numerosas Matrículas de Honor y Excelentes. Pero en realidad no me importa. No me provoca ninguna alegría. Es como si no existiese nada más desde que conozco a Abel. Y eso no es sano.

Media hora después, Eva logra convencerme para que vaya esta tarde a ver a Gutiérrez, ya que tiene tutoría.

—Te acompaño yo, ¿vale?

Asiento con la cabeza. No me apetece nada salir sola. Todo me da miedo. Bueno, en especial que alguien me reconozca por



las fotos, aunque sé que es muy improbable. Después de comer nos acercamos a la Facultad dando un paseo. Hace muchísimo calor y empiezo a sudar a mitad de camino. Estoy segura de que en un mes las temperaturas aumentarán, y los agostos son horribles en mi pueblo.

Gutiérrez me atiende al instante. Se muestra contento y amable. Yo intento sonreír, ya que no quiero que piense que no estoy contenta con su idea de formar parte del equipo. Por supuesto que es estupendo, pero en estos momentos sólo puedo pensar en el dolor que me atosiga el pecho cada vez que pienso en Abel.

—Señorita Fernández, lo que tengo pensado es que empiece conmigo a principios de noviembre. O quizá antes, para que no se sienta demasiado presionada entre el máster y esto.

—Claro, me parece bien. —Me limito a asentir.

Ensancha la sonrisa y, a continuación, se le borra. Me estudia de arriba abajo con una mirada de acero. ¿Eh, qué pasa?

—Quería decirle algo. Espero que no le moleste.

Trago saliva. ¿No me digas que ha visto las fotos?

—Normalmente no es algo que suelo hacer, pero...

Oh, no. ¡Las ha visto! Y se siente avergonzado. ¡Aunque yo lo estoy más! Me sube un terrible ardor por las orejas y agacho la cabeza con los ojos cerrados. No sé si estoy preparada para lo que me va a decir.

—Este curso ya tengo un becario, pero quería trabajar también con usted.

Alzo la cara de golpe y lo miro con los ojos muy abiertos. Oh, ¿así que sólo era eso? Suelto un suspiro de alivio. Frunce el ceño al tiempo que estudia mi rostro.

—Espero que no sea un inconveniente para usted.

—No, claro que no —respondo, muy seria. Aunque de inmediato me obligo a dedicarle una sonrisa.

Charlamos un rato más sobre mis notas y sobre el máster, el cual me avisa de que es muy duro. Tendré que trabajar mucho, además de toda la faena que me mandará él. Bueno, al menos tendré la mente ocupada. Al cabo de una hora recuerdo que Eva está esperándome fuera. ¡Pobrecilla!

—Tengo que irme ya —le comunico a Gutiérrez.

Él asiente y se levanta para estrecharme la mano y acompañarme a la puerta.

—Ya verá todo el trabajo que tengo preparado para usted. Le va a encantar.

Me despido de él con una sonrisa. Salgo del despacho con la agradable sensación de haberme quitado un peso de encima. No he pensado en Abel en un sólo momento. ¡Mierda, ahora estoy haciéndolo de nuevo! Agito la cabeza para obligarme a mantener la cabeza vacía. Al fondo diviso a Eva en uno de los bancos, muy enfrascada en un libro de Terry Pratchett. A su lado, de pie, hay un chico y una chica buscando sus notas en los tablones. Serán de cursos inferiores, ya que no los conozco. Se me quedan mirando cuando paso por su lado, y no puedo evitar preguntarme si es que me han reconocido por las fotos. ¡Joder! ¿Va a ser mi vida así a partir de ahora? ¡Qué triste!

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta cuando descubre mis sandalias ante ella.

—Muy bien.

—¿Ves? No te obsesiones con lo que ya sabes, nena. Total, era una mierda de revista, ¿no?

Esa es otra de las cosas que me molestan. Me vende y encima en una de las revistas más cutres. Aunque supongo que de esa forma era más difícil que yo me enterara. Pero mira, qué casualidad que me guste tanto cotillear por el ciber espacio.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? —Se gira hacia mí, con uno de sus inseparables cigarrillos entre los labios—. Joder, tengo que dejar esta mierda, pero es que no quiero ponerme boteresca. —Mira el piti con un gesto de asco.

—¿Boteresca? —Se me escapa una risa. Mira que le gusta inventarse palabras; deberían hacerle un diccionario.

—Sí, nena, como las tías de los cuadros de Botero, con grasa rebosando por todos lados.

—No seas tonta, pero si estás muy bien. —La animo.

Me mira por encima de las gafas de sol como si estuviera loca. Nos dirigimos a la calle trasera de la Facultad, donde hay unos cuantos bares en los que hemos pasado muchas horas estudiando. Nos sentamos en la terraza del primero que vemos. Ella se pide una caña y yo un té con hielo.

—¿Y qué vas a hacer este año? —le pregunto, ya que todavía no me ha informado de nada.

—La verdad es que tengo la cabeza hecha un lío —responde. Se sube las gafas, muy seria. No sé por qué, pero creo que me oculta algo... En serio, ¿qué le pasa a todo el mundo? ¡Qué har-ta estoy!

—Nos veremos mucho menos que ahora —digo con tristeza.

La camarera nos trae nuestras bebidas junto con un platito de cacahuets. Eva y yo los atacamos en cuento nos deja solas.

—No es el fin del mundo.

—Tal y como estoy, sí lo es. —Pelo un cacahuete y me lo llevo a la boca.

—Quedan unos meses para que empieces el máster. —Apaga el cigarrillo—. En ese tiempo podemos tomar muchas cervezas.

—Voy a tener que buscar otro trabajo —pienso en voz alta, angustiada.

Como había decidido pasar el verano en la casa de Abel, él me había buscado un trabajillo: dar clases particulares a una niña del vecindario. Pero ahora, ¿qué voy a hacer? La academia está cerrada y no sé si voy a encontrar rápido otro sitio. Y lo cierto es que tengo que empezar a ahorrar ya, por si las moscas. Si me pasa como este último curso y no me dan la beca, a ver cómo estudio el máster. Y de todos modos, si me la dan, tengo que subsistir los primeros meses.

Eva me empieza a explicar que está leyendo otro libro, además del de Terry. Se trata de un tratado filosófico sobre el amor, y en cuestión de segundos, ambas estamos debatiendo de forma apasionada. El tema nos mantiene entretenidas durante un buen rato, perdidas en divagaciones, hasta que me empieza a sonar el móvil. Eva pone cara de disgusto. Cuando miro la pantalla, la confusión me nubla la cabeza. Es Eric. ¿Qué quiere ahora, si no lo veo desde Barcelona?

—¿Sí? —contesto en voz bajita.

—¿Sara? ¿Eres tú? —Por teléfono su voz todavía es más grave, casi ronca.

—Claro.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Eh... Bien.

Nos quedamos callados unos segundos, hasta que él retoma la palabra.

—Me gustaría verte.

—¿Verme? —Se me remueve algo en el estómago.

—Sí. Tengo que hablar contigo.

¿Se ha enterado de que estoy enfadada con Abel y quiere intentar algo conmigo? De inmediato, desecho ese estúpido pensamiento. Sonrío en mi interior. ¡Ay madre, parezco una creída, imaginando que todos los tíos andan detrás de mí!

—Es que ahora mismo estoy con una amiga.

—¿Dónde?

Dudo si contestar la verdad.

—En la facultad. Bueno, en un bar tomando algo. —No puedo mentir.

Eva pone caras extrañas. Le hago un gesto para que espere.

—Dime el lugar exacto.

—Se llama El penalti —digo, echando un vistazo al letrero del establecimiento.

—Estaré allí en unos quince minutos.

Cuelga y yo me quedo con el móvil en la oreja, como una tonta. Eva agita la mano ante mis ojos para que le cuente.

—¿Era él?

—Su amigo.

—¿El tal Eric?

Asiento con la cabeza. Como es evidente, le hablé de él. Es más, hicimos una apuesta: si cuando le vea flipa como sucedió con Abel, entonces ella me tendrá que invitar a una comida. A ver si gano hoy.

—¿Y qué quiere?

—No me lo ha dicho.

Mientras esperamos a que Eric aparezca, apenas digo nada. Es Eva la que habla y habla sobre el libro de antes. Yo sólo me puedo preguntar una y otra vez qué es lo que puede querer.

—Nena —susurra Eva, sacándome de mis pensamientos—. ¿Es ese? —pregunta entre dientes.

Me giro y lo descubro acercándose a nosotras. Lleva un pantalón a media pierna y una camiseta azul de manga corta que deja sus bíceps al descubierto. Se ha cortado un poco el pelo y

está bastante bronceado. Madre mía, no lo recordaba tan atractivo. Al ver que estamos observándolo, alza una mano a modo de saludo y me dedica a mí una sonrisa.

Me levanto de la silla para darle dos besos. Se me hace un poco incómodo. Recuerdo que todavía le debo los zapatos, ya que le hice una transferencia para el vestido.

—Sara. —Se le ensancha la sonrisa. Qué dientes tan blanquísimos. Contrastan mucho con su tono de piel—. Te veo muy bien.

Me he quedado casi hipnotizada con la blancura de esa boca. Al fin, consigo apartar los ojos y echo un vistazo a mi ropa normal y corriente. Un vestido suelto y ligero para no pasar calor y unas sandalias viejas. Y encima llevo el pelo alborotado. Para pasar el trago, decido presentarle a Eva.

—Esta es mi amiga.

—Eva —saluda ella, levantándose y posando dos besos en sus mejillas.

Tras esto, el silencio nos envuelve. Eric se mete las manos en los bolsillos y se me queda mirando fijamente. Parece inquieto. Al cabo de unos minutos, rompe el mutismo:

—No quiero parecer maleducado pero, ¿podríamos hablar a solas?

Me giro hacia Eva y le suplico en silencio que se quede. Sin embargo, ella se pone a recoger el bolso. Deposita un par de monedas en el platito de la cuenta para pagar su bebida.

—Nena, llámame. —Me da un abrazo. Yo la aprieto, insinuándole que es una cabrona. ¡Ya parece Cyn, que me deja tirada en los peores momentos! Se gira a Eric con una sonrisa—: Encantada.

Cuando mi amiga se va, él me señala la silla libre.

—¿Puedo sentarme?

—Bueno, no sé si a la mujer invisible le hará mucha gracia. —Intento hacer un chiste para distender el ambiente. No obstante, o Eric no tiene sentido del humor o yo no he tenido gracia. No lo tengo muy claro en estos momentos. Encojo los hombros con indiferencia.

Una vez que le ha pedido una clara a la camarera, el silencio vuelve a rodearnos.

—¿Qué tal te va todo? —le pregunto, intentando fingir normalidad.

—A mí bien. ¿Y a ti? —Me clava los ojos color miel. Me doy cuenta de que cuando le da el sol, también son un poco verdosos. Qué bonitos.

—No me va mal —contesto.

—No sabes mentir, Sara —sonríe. Le da un trago a su cerveza—. Y de todos modos, sabes por lo que estoy aquí.

—¿Ah, sí? —pregunto, confundida. Siento que las mejillas se me ponen rojísimas.

—¿Tengo que decirlo yo?

Lo miro con los ojos muy abiertos.

—Abel.

Al escuchar su nombre en la boca de Eric, algo se me rompe por dentro. ¡Mierda, joder! Había estado un rato tranquila, ¿es que no me pueden dejar?

—¿Qué pasa con él?

—Sé que estáis enfadados.

—Yo lo estoy, ¿y?

—Sara, está mal.

Vale, qué tonta soy. Como es normal, ha venido a defender a su amigo. ¿Ahora me dirá que soy una mala pécora o algo por el estilo?

—¿Y yo no lo estoy? —pregunto a la defensiva.

—Claro que sí. Ambos lo estáis pasando mal, y no debería ser así.

Remuevo los hielos de mi té, un tanto avergonzada. Por un momento había pensado que lo que quería era ligar conmigo. No le entiendo, la verdad. En realidad no comprendo a ninguno de los dos. Aunque Eric no es tan misterioso, tampoco sé nunca por dónde va a salir. Recuerdo sus miradas en Barcelona y su forma de despedirse. Bueno, entiendo que si alguna vez le gusté, haya decidido tirar la toalla. Al fin y al cabo, me quedé allí con Abel. Vaya, ya estoy pensando otra vez como una engreída. ¡Basta ya, me importa un pepino si le gusto o no! Tan sólo me importa saber sobre Abel.

Le clavo una mirada que intento que sea severa. Él arruga el ceño y ladea la cabeza.

—¿Sabes lo que hizo?

—Algo me ha contado.

—¿Y qué piensas?

—A ver, me parece que no está bien, pero tampoco es para tanto. Y no dejaste que se explicara.

Arrugo la nariz, un tanto fastidiada. En realidad tiene razón. Durante esta semana he estado pensando en ello. Pero soy así, demasiado impulsiva cuando discuto con alguien. No podía quedarme de brazos cruzados porque lo único que deseaba era marcharme lejos de él y aclarar las ideas.

—Ni siquiera le diste el beneficio de la duda.

—Eric, había escrito un correo, ¿sabes? Con las fotos. Y la mujer de la revista dijo que...

—Quizá tenía una buena razón. —Bebe otro trago de cerveza y se relame los labios—. Abel ha llevado una vida bastante lujosa. Tiene pagos que hacer. —Ve que me remuevo en el asiento y se apresura a añadir—: No estoy excusándolo, simplemente trato de que lo veas desde otro punto de vista. Es por tu bien.

Me quedo pensativa durante unos segundos, mientras paso los dedos por las gotas del vaso. Sí, quizá debería hablar con él... algún día.

—¿Has venido hasta aquí sólo para darme el sermón? —le pregunto, enfurruñada.

Él se echa a reír y se termina la cerveza. Coge uno de los cacahuets que han sobrado y lo pela con lentitud, sin dejar de estudiarme. Yo lo miro de reojo, fijándome en sus mandíbulas tan marcadas, que lo convierten en un hombre irresistiblemente *sexy*. Me pregunto si habrá tenido tantas conquistas como Abel.

—He venido para llevarte al piso.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

—Ayer tuvimos una sesión y lo vi fatal, Sara. —Se inclina hacia mí, poniéndose muy serio de repente—. Es más, las fotos salieron bastante mal.

—¿Te ha pedido él que vengas?

Niega con la cabeza.

—Ha sido por voluntad propia. Es mi amigo, ¿crees que me gusta verlo sufrir?

Cojo uno de los cacahuets y lo aprieto con nerviosismo. Eric me observa sin decir nada.

—No quiero ir, Eric. No estoy preparada para hablar con él.

—Tienes que hacerlo. No lo veía así desde hace mucho tiempo. —Alarga una mano y la apoya sobre la mía. La tiene bastante caliente, aunque no sudada. Me da un calambre y la aparto sobresaltada—. Lo siento, te he pasado electricidad —sonríe.

—Eric, en serio, no voy a ir. Así que ya puedes marcharte y dejarme en paz.

—Si no lo haces por él, entonces hazlo por mí.

Lo miro sonriendo con amargura. Nadie me había pedido algo así. Los amigos de mi ex nunca se inmiscuyeron en nuestra relación. ¿Es que en lugar de un amigo voy a tener un Pepito Grillo en Eric? No puedo apartar los ojos de los suyos. Realmente parece muy preocupado por Abel, y se me está empezando a contagiar.

—¿Tan mal está?

—Bastante. —Asiente, agarrando el último cacahuete. El sonido que hace al abrirlo se me antoja irreal—. Le has dado fuerte, Sara —esboza una sonrisa, y a continuación, añade—: Aunque le entiendo.

¿Ves? Ahí está lo que yo decía. Vale que a Judith también le soltaba pullitas, pero creo que no eran iguales. ¡Oh, por Dios, no sé qué pensar, no sé qué hacer! ¿Voy a hablar con Abel? ¿Dejo que se suma en su tristeza? ¡Joder, no puedo! Es pensar en sus ojos bañados de dolor y se me encoge el corazón. Un montón de pinchazos me atraviesan el pecho.

—¿Sara?

Suelto un suspiro y asiento con la cabeza. A él se le iluminan los ojos.

—De acuerdo. Pero sólo para que se explique. Después me iré.

—Claro.

Nos levantamos de la silla al mismo tiempo. Le pido que espere y voy a pagar la cuenta. Él insiste en darme su parte, pero no la acepto. Cuando voy a cruzar el semáforo, me agarra de la muñeca y señala hacia el aparcamiento del estadio Mestalla.

—He venido en mi moto.



No me gustan. Me dan miedo. Me lleva hacia allí con prisas, casi tirando de mí. Cuando llegamos, me encuentro con una Yamaha de colores plateado y azul. Joder, es preciosa. Pero también tiene que correr un montón. Niego con la cabeza, echándome hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—No voy a subir ahí.

—Iré despacio —me asegura.

Lo miro para descubrir si me está diciendo la verdad. De todos modos, tengo tantas ganas de ver cómo se encuentra Abel, que al final acabo subiendo. Me ayuda a ponerme el casco. No sé cómo colocarme ni dónde poner las manos.

—Agárrate fuerte a mí. —Me las coge y las sitúa en su cintura. Oh, Dios, el calor de su cuerpo traspasa la camisa. Y puedo sentir todos esos músculos perfectos bajo mis dedos.

De repente, salimos escopetados. Suelto un grito. ¡Me había prometido que no iba a correr! Me inclino hacia delante y me aferro a su espalda con fuerza, apoyándome en ella. Cierro los ojos completamente asustada.

—¿Vas bien ahí atrás? —grita, para hacerse oír.

Los abro un poquito. Sorteamos un coche tras otro. Los vuelvo a cerrar. Creo que me estoy mareando, así que me aprieto más contra su cuerpo, rodeándole el torso con las manos, y noto que se tensa. ¡Que se aguante, yo estoy sufriendo mucho! Está diciendo algo, pero no le escucho bien.

—¿Qué? —exclamo.

—¡Que las fotos eran muy buenas!

Mierda, me ha visto desnuda. Oh, joder, ha contemplado mis pechos. ¿Lo habrá hecho con mirada de fotógrafo o de hombre? Como siento una vergüenza atroz, le suelto el cuerpo y doy un grito al sentir que me voy hacia atrás. De inmediato, me vuelve a pegar contra su espalda.

—¿Qué haces, loca?

Me callo. Y así me quedo hasta que diez minutos después llegamos al barrio donde Abel tiene el estudio. Sin poder remediarlo, rememoro el día en que nos conocimos, cuando acudí para la sesión fotográfica. No he olvidado el impacto

que produjo en mí. Recuerdo cómo mi estómago se encogió ante su profunda mirada.

Eric detiene la moto y me bajo de ella a toda velocidad. Doy unos cuantos saltitos, hasta que por fin consigo mantener el equilibrio. Me quito el casco y él se acerca a mí para recogerlo y guardarlo.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Estoy un poco mareada y tengo la boca seca, pero seguro que se me pasa pronto. Además, también me siento peor por los nervios que se me han pegado en las tripas al pensar en Abel. Voy a verlo de nuevo. Hace más de cinco días que no sé nada de él. El corazón me palpita cuando entramos al patio, ya que la puerta está abierta. Esto me trae tantos recuerdos... Parece que haya pasado una eternidad. Me agarro al brazo de Eric, intentando controlarme. Él me escruta con su mirada serena, me hace un gesto con la mano para que me calme. Cuando llegamos al piso y Eric toca el timbre, me parece que el corazón se me va a salir por la boca. No se escucha nada dentro. Por fin, unos pasos se acercan a la puerta.

No es Abel el que nos abre, sino su hermano Marcos. Se nos queda mirando con confusión, medio dormido como está, hasta que por fin se da cuenta de quiénes somos y entonces un gesto de pánico le ensombrece el rostro.

—¿Qué pasa, Marcos? —pregunto, asustada.

Escucho una tos en el interior. Sin duda es la de Abel. Intento pasar, pero Marcos me lo impide. Me encojo de hombros, interrogándolo con la mirada.

—¿Sara? ¿Es Sara? —escucho preguntar a Abel. ¿Qué le pasa en la voz...?

Aparto a Marcos de un empujón y entro en el piso.

Me tapo la boca al encontrarme a Abel en el sofá, sin camiseta. Hay un montón de botellas de alcohol vacías por el suelo.

Pero lo peor son las dos chicas medio desnudas que están durmiendo con él.